

Orígen y Significado de la Universidad Católica en la Argentina(*)

Por J. ADURIZ, y M. A. FIORITO

• El hecho de que en la actualidad se encuentren funcionando tres instituciones universitarias católicas, oficialmente reconocidas por el Estado, representa por sí mismo un triunfo del catolicismo argentino en el plano de la educación.

• Pero no es solamente un éxito educacional, sino un éxito político de singulares características. Se ha demostrado que en el gobierno se influye eficazmente no desde arriba, sino desde abajo.

• Esto demuestra que el catolicismo argentino tiene capacidad para "interesar" al hombre de la calle.

• Esto es lo que nos quieren demostrar los autores en este exhaustivo estudio sobre el proceso que ellos denominan: "Universidad Católica".

PARA entender las razones de su fundación y el clima en el cual se ha efectuado, es necesario recordar algunos *antecedentes* de la legislación argentina sobre la enseñanza, y de su vida universitaria. Luego haremos un *comentario*, para llamar la atención sobre ciertos aspectos muy particulares del problema universitario

argentino, en sus relaciones con el catolicismo, y mirando al futuro del mismo.

(*) Trabajo publicado en "Orbis Catholicus", Revista Iberoamericana Internacional, Editorial Herder, Barcelona, Año II, Nº 8-9, Agosto-Septiembre de 1959, tomo II. Reproducción autorizada especialmente para "Estudios".

● ANTECEDENTES HISTORICOS

La Constitución nacional argentina, que data de 1853, proclama —en su artículo 14— la libertad de enseñanza en los grados primario, secundario y superior. Pero, de hecho, solamente en los dos primeros grados —y bajo ciertas condiciones que sería delicado y superfluo exponer aquí en detalle, ya que no interesan a la enseñanza superior— existió, junto a la enseñanza oficial, una enseñanza privada.

En el grado superior de la enseñanza, nuestro país ha tenido hasta el presente, las siguientes universidades oficiales, con una fecha de fundación provincial y otra de nacionalización: *Buenos Aires*, 1821 y 1881; *Córdoba*, 1828 y 1854; *La Plata*, 1897 y 1906; *Litoral*, con sede en Santa Fe, 1889 y 1919; *Tucumán*, 1912 y 1924; *Cuyo*, con sede en Mendoza, 1939 (1). Fuera de estas ocho universidades oficiales, que además tienen la característica común de ser posteriores a la declaración de la independencia argentina, existió otra que merece el título especial de ser la primera de todas las universidades en estas regiones, y que comenzó a funcionar provisionalmente en el año 1614 y, oficialmente —con la redacción de sus constituciones—, en 1624: la *universidad Católica de Córdoba* (2). Habiendo pasado de manos de los jesuitas —en tiempo de la extinción de la Compañía de Jesús— a los franciscanos, y de éstos a los sacerdotes del clero secular, fue confiscada por el gobierno provincial de Córdoba y, por tanto, sustituida por la actual universidad oficial cordobesa. En 1956, inició de nuevo sus cursos extraoficiales, como luego veremos; y, en 1959,

acaba de inaugurarse nuevamente como universidad católica de Córdoba.

Se advierte sin esfuerzo, que la mayor parte de las universidades argentinas —nacionales— son de reciente fundación, aunque algunas de ellas cuentan en su origen con instituciones más antiguas, pero de carácter provincial. Y la que hubiera sido la más antigua de todas, la universidad de Córdoba de 1614, era *católica* precisamente; y *como tal*, debió interrumpir sus cursos oficiales, hasta su actual restauración como universidad católica.

Al lado de esta enseñanza universitaria oficial, no existió una enseñanza universitaria privada. Pero sí diversos esfuerzos privados, tendientes en general a suplir los graves defectos, crónicos, reprochados a las universidades oficiales (3): tales fueron diversos *institutos o centros de cultura superior*, como los que fueron creándose en Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Santa Fe, Rosario, Mendoza, San Juan, Santiago del Estero, y otras ciudades importantes del interior de la República.

Entre todos estos esfuerzos del pasado, descolló, por su importancia y duración, la *Universidad Católica de Buenos Aires*, entre los años 1910 y 1920. Nacida en el año centenario de la Revolución de mayo y como consecuencia de una corriente de opinión favorable, en las esferas gubernamentales, a la libertad de enseñanza, fracasó luego a consecuencia

(1) J. CASTINEIRAS: "Síntesis histórica de las universidades argentinas". Univ. de La Plata, 1939.

(2) La Universidad nacional de Córdoba, síntesis histórica. Impr. de la Universidad, Córdoba, 1954.

(3) El Problema universitario argentino: bases para su solución. Edit. Colmegna, Santa Fe (Argentina), 1945.

de la negativa persistente del Estado a concederle una incorporación, o una libertad completa de acción. Fueron diez años largos de lucha, sobre todo externa pero también interna, que tuvieron valor de símbolo y de fructuosa experiencia para el presente.

Además de estos esfuerzos, externos a la universidad oficial y, de hecho, de origen católico, se dió —en el mismo seno de ella— un movimiento de juventud y de renovación, que se llamó la *Reforma* (4). De origen estrictamente universitario, y coincidente con los últimos años de la mencionada universidad católica privada, la reforma de los años 1918 al 1921 fue, de hecho, anticatólica. Sumando sus fuerzas con la de ciertos movimientos políticos de corte más radical y socializante —liberal—, tendió tanto a la reforma interna de la universidad oficial como a la exclusión de la Iglesia de toda intervención en la misma. No es raro pues que los años de triunfo de la reforma hayan sido a la vez los últimos de la mencionada universidad católica argentina.

Ultimamente, en tiempos de Perón, cuando éste quiso hacer en el campo universitario lo que acababa de hacer en el campo político o sea, acentuar, por medio de leyes, el vasallaje político de las universidades oficiales, recibió un nuevo impulso *otra reforma*, más estrictamente universitaria que la primera y que, por razones tanto de antiperonismo como estrictamente universitarias, contaba también a católicos entre sus filas.

Además de estos antecedentes históricos propiamente universitarios, hay que tener en cuenta otros de distinto origen. El primero de ellos, y el más antiguo, se sitúa en 1882: la *ley de enseñanza primaria*, o ley 1420, llama-

mada —por sus consecuencias— *ley de la enseñanza laica*.

No se puede decir que la ley de la educación primaria de 1882 sea, en realidad, antirreligiosa, o sea, laica; pero sí fue anticatólica. Por eso, como comentaremos más adelante, más interesante que la misma ley, es el hecho de que ya entonces se esgrimen, contra la intervención de la Iglesia en la vida pública, educativa y universitaria, todos los argumentos posibles, y se exponen en forma sistemática. Además, en esos momentos, se plantea también el problema más amplio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado: se expulsa al Nuncio, y en Córdoba se entabla proceso contra el vicario Clara (5). Y, como consecuencia de todos estos síntomas, los católicos comienzan a sentir la necesidad de formar un partido político propio: cosa absolutamente nueva en la vida pública argentina, porque hasta entonces todos los partidos políticos se sentían —a su manera, por supuesto— católicos. Pero tanto la mencionada ley de la *enseñanza laica* (año 1882), como la inmediatamente siguiente del *matrimonio civil* (1888), positivamente anticatólica, así como la experiencia ingrata de los debates en las cámaras legislativas, hicieron comprender a los católicos que nin-

(4) J. V. GONZALEZ: *La Universidad: teoría y acción de la Reforma*. Edit. Claridad, Buenos Aires, 1945. Pretende ser objetivo, pero responde a una tendencia particular. Cf. además *La Reforma universitaria* (en la Universidad de Córdoba y en la de Buenos Aires). Publ. ofic. Talleres Gráf. de la Penitenc. Nac. de Buenos Aires, 1919.

(5) F. COMPANY: *El Vicario Clara, yunque y martillo del liberalismo*. Edic. Argentina Cristiana, Córdoba, 1955. Sobre el tema más amplio, de las relaciones de la Iglesia y el Estado argentinos, cf. J. CASIELLO: *Iglesia y Estado en la Argentina*, Poblet, Buenos Aires, 1948.

guno de los partidos tradicionales sería, en adelante, vocero de sus conciencias.

El otro antecedente histórico que habremos de tener en cuenta para entender el actual momento argentino, y del que sólo daremos las fechas capitales por ser hechos muy cercanos, comprendería la acción de Perón, en el campo social y político (1943), a la que siguió la revolución antiperonista y católica (1955), el gobierno revolucionario en dos etapas —la de Lonardi y la de Aramburu—, y el gobierno constitucional actual de Frondizi, al que había precedido (1957) la convocación de una Asamblea Constituyente, encargada de determinar la Constitución que en adelante regiría la vida institucional del país.

● LA UNIVERSIDAD LIBRE

Al día siguiente de la revolución antiperonista (1955), el gobierno revolucionario abolía las leyes peronistas que habían acentuado considerablemente el vasallaje político de las universidades oficiales, restablecía la ley Avellaneda (1885) que concedía autonomía a las universidades, y consideraba cesante a todo el personal docente y auxiliar, de modo que cualquier reintegración debía ser examinada por comisiones constituidas a este efecto.

El 23 de diciembre de 1955, por un decreto-ley, el mismo gobierno revolucionario —que por entonces había pasado de las manos de Lonardi a las de Aramburu— establecía las condiciones de tal autonomía universitaria, y de la reorganización de las universidades nacionales (6). El artículo 28 de ese decreto sería de una importancia capital en la historia de

la enseñanza superior libre en Argentina. En efecto, decía que la iniciativa privada podía crear universidades libres que serían autorizadas a conferir diplomas y títulos de capacitación, con tal que se sometieran a las condiciones precisadas por un reglamento que sería dado a conocer en tiempo oportuno.

El 23 de febrero de 1956 otro decreto-ley creaba una comisión encargada de preparar la mencionada reglamentación del artículo 28.

Bajo la presión de la opinión pública, a quien no se había escapado la importancia de este artículo, de apariencias lacónicas y dilatorias, la Junta consultiva nacional, instrumento creado entonces, formado por todos los partidos políticos —menos el peronista por supuesto— y que asesoraba al gobierno revolucionario en forma extraoficial, se reunía para deliberar sobre dicho artículo; y, en el curso de un debate largo y apasionado, reclamaba del ministro de educación las precisiones pertinentes, y el espíritu con que habría de ser reglamentado dicho artículo.

El entonces ministro de educación, doctor Dell'Oro Maini —conocida personalidad del catolicismo argentino— dio las oportunas explicaciones, y las repitió en un discurso oficioso radiado con fecha 2 de marzo del mismo año 1956. Todo ese mismo mes tuvo lugar una violenta campaña en todo el país contra el ministro de educación durante la cual grupos estudiantiles asaltaron y ocuparon las diversas universidades nacionales, mientras los estudiantes católicos se organizaban para su defensa.

(6) Ministerio de Educación y Justicia: *La revolución libertadora y la universidad* (1955-1957). Public. ofic., Buenos Aires, 1957.

Se llegó a una solución de compromiso: el ministro de educación, Dell' Oro Maini, dimitió, sin derogar el artículo 28; pero la Comisión nombrada para redactar el reglamento de su aplicación suspendió, de hecho, sus trabajos.

Y así quedaron las cosas hasta casi dos años después, en que el debate fué iniciado de nuevo durante la campaña política del actual presidente, doctor Frondizi y, sobre todo, durante los primeros meses de su gobierno, cuando se trató de la aprobación constitucional —por medio de las cámaras legislativas— de los *decretos-leyes* del gobierno revolucionario (7).

Después de largos debates, no sólo legislativos sino callejeros, la ley número 14.557 —llamada *Domingorena*—, sustituyó, el 30 de septiembre de 1958, al artículo 28 del decreto-ley de 1955. Esta ley fue promulgada por el poder ejecutivo nacional el 17 de octubre del mismo año.

Con la sanción de esta ley no terminó, sin embargo, la campaña de los adversarios de la libertad de enseñanza, quienes pretendieron entonces que el Poder Ejecutivo dejara de cumplir su obligación constitucional de reglamentarla. Del tono y la virulencia de dicha campaña dan idea los numerosos ataques verbales y de hecho, cometidos contra las personas o los edificios que representaban el movimiento universitario libre católico; finalmente la Ley 14.557 fue reglamentada por decreto del 12 de febrero de 1959.

● LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Promulgada la ley de la enseñanza libre, la primera universidad argentina libre ha sido, de hecho, la católica,

con una doble sede: la una en la capital, Buenos Aires, y la otra en Córdoba.

No son improvisaciones, como se podría demostrar fácilmente haciendo la historia de las personas y de las instituciones que las respaldan. Pero tampoco se podía pretender —después de la instructiva experiencia de los años 1910 a 1920— que los católicos montaran una universidad completa, sin contar de antemano con la suficiente seguridad de poder dar títulos: ninguna de las universidades oficiales comenzó de otra manera, como no sea —tal fue el caso de Córdoba— confiscando una universidad anterior —la católica antigua, precisamente—, o transformando una universidad provincial precedente, como ha sido el caso ordinario en las universidades nacionales argentinas.

En Córdoba, la creación de la universidad católica fue decidida por el entonces arzobispo de dicha ciudad, monseñor Fermín Lafitte, en diciembre de 1955. Confiada, a principios de 1956, a la Compañía de Jesús, fue inaugurada oficialmente —con el modesto título de *Instituto Universitario pro Universidad Católica de Córdoba*— el 8 de junio de dicho año. Y el 11 de abril de 1959 se inauguró oficialmente como *Universidad Católica de Córdoba*, continuadora legal —en el espíritu y a la letra— de la primera *Universidad Católica Argentina*, la del año 1613.

(7) A. DIAZ BIALET: El régimen jurídico de las Universidades privadas argentinas, y el otorgamiento de títulos profesionales, "La Ley" (periódico), 24 de septiembre de 1958. Cf. además: Ministerio de Educación y Justicia: *Antecedentes sobre la reglamentación legal de las universidades privadas*, Impr. ofic., Buenos Aires, 1958.

En Buenos Aires, la creación de una universidad católica fue decidida por el episcopado argentino, en reunión plenaria de febrero de 1956. Y en octubre de 1957, el mismo episcopado ratificó dicha decisión, declarando luego, el 7 de marzo de 1958, festividad de Santo Tomás de Aquino, oficialmente fundada la *universidad católica argentina*, bajo la tradicional advocación de *Nuestra Señora de los Buenos Aires*. Fue inaugurada solemnemente el 6 de mayo del mismo año (1958), presidiendo el acto el mismo monseñor Lafitte, entonces administrador apostólico de Buenos Aires, *sede plena*, quien, como arzobispo de Córdoba, había iniciado en esta última ciudad la correspondiente universidad católica: símbolo providencial de la unidad de acción de los católicos argentinos en el campo universitario.

De fecha reciente es el reconocimiento de la Universidad del Salvador, también en la ciudad de Buenos Aires. Todos estos centros nombrados han desempeñado un importante papel en la consecución de la legislación definitiva de la libertad de enseñanza. Este último centro universitario de una u otra forma ha venido funcionando desde hace años bajo la dirección de los jesuitas.

Junto a estos tres centros de la Universidad libre y católica, habría que mencionar diversos Institutos Católicos que viven del mismo espíritu aunque no tengan todavía la misma trascendencia pública.

Hecho este rápido recorrido de los *antecedentes históricos* de la universidad católica argentina, desde la Constitución nacional favorable —en su artículo 14— a la libertad de enseñanza, hasta la ley 14.557 que puso en ejercicio tal favor, sólo nos resta intentar

un breve *comentario* de los hechos pasados y presentes que pueden ser más instructivos para el futuro.

● ACCION POLITICA DEL CATOLICISMO ARGENTINO

El problema universitario en la Argentina comienza, en lo que afecta al catolicismo de este país, fuera de la universidad, y hace casi un siglo: o sea, en 1882, con la *ley de la enseñanza primaria*. Hecho sintomático, porque significó la primera tentativa seria de quitar a la Iglesia toda influencia oficial en la educación ciudadana; y significó el primer triunfo rotundo de los militantes anticatólicos en la vida política del país. Esta ley, conocida como *ley 1420* o también *de la enseñanza laica*, al ser aprobada no tuvo en realidad ningún efecto inmediato; pero lo efectivo fue inocular *el laicismo*, en el sentido francés del siglo pasado, en toda la política argentina que, en adelante, no volverá a tener expresión católica. Por eso, es tanto más interesante notar la reacción de los católicos argentinos, el primero, presidido por Estrada, y el segundo, que tuvo sus reuniones en el Colegio del Salvador de los padres jesuitas.

El *primer congreso* de los católicos argentinos fue mucho más clarividente ideológicamente, y menos efectivo en el sentido práctico del término. Clarividente en el sentido ideológico, porque hizo ver cómo en adelante, serán los laicos católicos los que en el orden político han de garantizar a la Iglesia su libertad de acción. La frase de Estrada en el discurso final, “ésta es la era de los laicos católicos”, es interesantísima porque se adelanta cerca de cincuenta años a lo que se irá luego realizando lentamente; pero ni Es-

trada ni ninguno de los que lo acompañaban eran capaces de organizar un partido político. Eran teóricos puros, gente de cátedra, sin el tacto ni el arrastre suficiente para reunir a su alrededor un partido político. Desde el punto de vista práctico, lo más importante que sucede, a partir de este congreso, es la creación del diario "La Unión", que durante el tiempo que se publica —dos años— tiene una enorme influencia; y que ahora nos permite presenciar la discusión católica —hecha con mucha ponderación y altura— de una política que se estaba trocando en francamente anticatólica. Circunstancias políticas extraordinarias en el país —la discusión entre Roca y Mitre—, y la creación de la Unión cívica radical, como nuevo partido político argentino, hacen que los católicos de "La Unión" no vean la posibilidad de mantenerse como partido aparte, y se plieguen así a esa posibilidad nueva, que parece ser la única capaz de oponerse a la otra tendencia, instaurada por Roca, de intransigencia religiosa.

Pero las cosas siguen más o menos igual; y diez años después tiene lugar en el Colegio del Salvador, el *segundo congreso* de los católicos argentinos, teóricamente inferior, pero de una eficacia práctica extraordinariamente superior. Los católicos, habían aprendido que con palabras e ideas generales no iban a arreglar el asunto político, y tomaron tres decisiones: una es la organización de un *movimiento social*, contemporáneo de los primeros movimientos socialistas; otra, la organización de la *universidad católica*, iniciativa que luego se restringe a la creación de cursos superiores de cultura católica; y otra tercera medida que es la creación, en lo posible de una *fuerza política ca-*

tólica. Mientras que esta tercera decisión no tuvo tampoco efecto entonces, porque, igual que antes, los católicos en general siguieron mezclados en la política radical y conservadora, las dos primeras comenzaron a realizarse. En el campo de la educación, se organizaron los *Cursos de Cultura católica*, no solamente en Buenos Aires, sino también en otras ciudades del interior; y, en el campo social, comenzaron las actividades de los católicos *en público*, o sea, en la misma calle.

Esto último se debe a un sacerdote redentorista, el Padre Grote, quien organiza las primeras efectivas fuerzas católicas en el campo social durante el siglo pasado; y también comienza a formar grupos de laicos con sentido mucho más político, pues organiza los primeros *grupos de democracia cristiana*, grupos al mismo tiempo sociales y políticos. Por la misma época y en el aspecto cultural, monseñor Franceschi, que era entonces muy joven, se encarga de la organización de los cursos antes mencionados, de formación ideológica abierta a la sensibilidad social.

No queremos ahora tratar de las razones del fracaso del movimiento del Padre Grote, sino más bien de sus éxitos: las primeras leyes sociales argentinas, que los socialistas se atribuyen a sí mismos, son en realidad iniciativas de dicho sacerdote, y se deben a las *manifestaciones* organizadas por él, con el mismo sistema de los socialistas alemanes que conocía muy bien. (8) Pero mucho más importante es cuando Grote señaló el camino que acababan de tomar los católicos argentinos, y que les ha permitido conseguir indiscutibles

(8) A. SANCHEZ GAMARRA: "Vida del Padre Grote", redentorista, apóstol social-cristiano en Hispanoamérica, "Studium", Madrid-Buenos Aires, 1940.

triumfos políticos en los últimos años, entre los cuales ocupa un lugar relevante la actual universidad católica argentina. Lo veremos más claro en nuestro comentario final, cuando saquemos las consecuencias políticas de todos estos hechos.

● LA REFORMA UNIVERSITARIA

Pasando ahora al campo propiamente universitario, digamos que la *universidad argentina*, que había tenido comienzos muy modestos, fué cada vez más necesitando una reforma. Esta fué la razón de un movimiento de la juventud universitaria de 1918, que se llamó, por esta razón, la *Reforma universitaria*, y que pretendía que la universidad —de hecho, la del estado, la única que entonces existía— se superara a sí misma, y se rigiera por sí misma. Sus organizadores, profesores jóvenes recién llegados de París, favorecieron una Universidad más técnica —a la manera del Politécnico francés—, y más abierta a las nuevas tendencias culturales europeas. Porque la universidad argentina de entonces estaba en manos de una oligarquía cerrada, de profesores antiguos que no dejaban lugar a los nuevos, los recién venidos de Europa —donde se habían formado—, y que habían respirado allí aires de mayor libertad, y de más cultura —por lo menos, desde el punto de vista técnico—, que en la Argentina de entonces.

Pero este movimiento reformista fué además, de hecho, anticatólico; y los dirigentes católicos de entonces no supieron —o no pudieron— discernir el aspecto universitario —legítimo, hasta cierto punto—, del aspecto político o religioso. Cosa por otra parte explicable, porque los dirigentes de la reforma

se esmeraban en mezclar, lo más posible —entonces como ahora—, ambos aspectos, dado que la confusión les resultaba favorable.

La *Reforma universitaria* tuvo, en el plano universitario, sus triunfos, con el desarrollo de facultades de corte más técnico, y hasta con hombres que —mercidamente o no— tuvieron fama internacional o, al menos, americana. Aunque, en el mismo plano universitario, pronto volvió a caer en el pecado que había criticado de una oligarquía que se apodera de las cátedras y las reparte entre sí —política universitaria, en el mal sentido de la palabra— sin dejar lugar a gente nueva, o a gente de otra mentalidad. Y mientras la antigua oligarquía universitaria era culturalmente conservadora, la nueva —la nacida de la primera reforma universitaria— lo fué políticamente: no en el sentido de un partido político determinado, sino porque trataba de conservar las posiciones adquiridas en la Universidad; y, para eso, hacía depender la política estrictamente universitaria, de la política gubernamental.

Así recibió impulso *otra reforma*, más específicamente universitaria que la primera, que manifestará toda su fuerza contra Perón, cuando éste intentó, en el campo universitario, lo que acababa de realizar en el plano político, después de haberlo conseguido en el plano social: su obra personal, de representante único de una clase social determinada que había adquirido conciencia de sí, y de la que él se valía entonces para sus fines propios, más que políticos, dictatoriales y, por tanto, anticatólicos.

Entre *ambas reformas* universitarias existe, respecto del catolicismo, una diferencia fundamental: la primera era

expresamente anticatólica —por las razones arriba indicadas—, mientras que la segunda cuenta —por razones de antiperonismo, pero también por razones estrictamente universitarias— con católicos en sus filas. Esta diferencia es muy importante, y habrá que tenerla en cuenta para explicar ciertas actitudes prácticas —que de otra manera resultarían inexcusables— de muchos católicos adversos a una universidad libre —aunque católica—, y deseosos de una universidad —única— mejor.

Mientras tanto, y fuera de la universidad oficial, la Iglesia había ido formando una minoría universitaria selecta, de cultura superior más teórica que práctica: o sea, de sólida formación intelectual, pero inoperante en el terreno político y social. Este fué el resultado de los mencionados *cursos de cultura católica*, y de tantos otros esfuerzos privados.

A la par de este esfuerzo propiamente eclesiástico, y sin depender directamente de él —aunque con hombres comunes— se produce en Argentina el fenómeno del *nacionalismo*, con una tendencia más activa —tal vez por ser más juvenil—, pero igualmente ineficaz en el plano político y social.

En los primeros tiempos de Perón, por razones bien explicables en aquellos fenómenos, los dos grupos intelectuales, los propiamente católicos y los nacionalistas, tuvieron su gran oportunidad, tanto en el plano político, del que habían sido alejados hasta entonces por los partidos tradicionales, como en el plano universitario, en el que no habían sido aceptados por la antigua reforma. En el campo educativo, único que por ahora nos interesa, esta oportunidad cuajó en la *ley de ense-*

ñanza religiosa que, sin alterar la estructura docente del estado, permitió que la Iglesia la usara para ejercer su derecho.

Otra oportunidad tuvieron los mismos grupos intelectuales, tanto los propiamente católicos como los nacionalistas, en los primeros tiempos de la revolución antiperonista. Esta vez la oportunidad política cuajó precisamente en el mencionado *artículo 28*, que habría el camino de la universidad argentina libre. Pero con esta diferencia fundamental: mientras la *ley de enseñanza religiosa* se basaba, de hecho, sólo en el derecho de la Iglesia a su propia enseñanza, el *decreto-ley de libertad de enseñanza universitaria* se basó en un derecho más amplio; y mientras la ley de enseñanza religiosa se había restringido, de hecho, al campo primario y secundario, la libertad de enseñanza era ahora directamente universitaria. Y esta diferencia de planteo teórico y de enfoque práctico ha sido, en realidad, lo que ha dado el triunfo político a la tendencia católica universitaria. Porque, al colocarse en un plano aparentemente menos eclesiástico y más humano, le ha quitado a la tendencia anticatólica el principal de sus argumentos —el del clericalismo exagerado—; y ha usado en su beneficio el argumento más reformista de todos ellos: el de la libertad que la Universidad necesita frente al Estado, para progresar en lo específicamente universitario. De modo que, al apuntar directamente a la universidad libre, pero con la necesaria dependencia del Estado, se ha constituido en un modelo de reforma universitaria que no tie-

ne nada de revolucionaria; y ha ganado la calle y, por ella, ha entrado en la universidad.

● EXITO POLITICO
DEL CATOLICISMO

La eficacia práctica —política, en el recto sentido del término— del nuevo planteamiento del catolicismo argentino se hizo evidente desde el primer momento: cuando se trató, en las altas esferas gubernamentales revolucionarias, de la permanencia del artículo 28, el catolicismo pudo salir a la calle con un lema comprensible, no sólo para la gran masa católica, sino también para cualquier persona de buena voluntad; mientras que la oposición universitaria apenas pudo hacer algo de ruido, sin consecuencias políticas, como no fuera la mera caída de un hombre —el ministro de educación, doctor Dell'Oro Maini— que, por otra parte, también determinó la caída de otros hombres del campo opuesto.

La misma eficacia se manifestó un año después, en 1957, durante la lucha electoral de las Constituyentes, cuando los partidos políticos —aun los que podían tener más confianza en sí mismos— se cuidaron muy bien de hacerse impopulares, atacando la *libertad de enseñanza*, siendo así que nunca habían tenido inconveniente en oponerse a la *enseñanza religiosa*. Y lo mismo se notó durante la lucha electoral por la presidencia de la República. Pero sobre todo en los primeros tiempos del gobierno constitucional del doctor Frondizi, cuando éste se vió abocado tanto a la aprobación de los decretos-leyes del gobierno revolucionario —entre los que figuraba el artículo 28 de la libertad de enseñanza universitaria— como al cumplimiento de sus promesas

electorales respecto de la universidad argentina libre: entonces la discusión salió a la calle nuevamente, pero con violencia inusitada por parte de los grupos anticatólicos, señal de que habían perdido hasta la apariencia de razón que decían tener, cuando la tendencia católica se apoyaba directamente en el derecho de la Iglesia a la *enseñanza religiosa*, y no en el derecho de todo hombre digno a la *libertad de enseñanza*.

● PERSPECTIVAS PARA UNA
FUTURA ACCION POLITICA

Esta es pues la gran lección política que el catolicismo argentino debiera sacar del pasado, mirando al futuro: en el gobierno se influye, no desde arriba sino desde abajo, desde la calle; y la calle se gana con problemas y soluciones que el común de la gente entienda.

En otras palabras, diríamos que el catolicismo argentino ha realizado, hasta ahora, dos tipos de política con suerte desigual: la del *mal menor* para los mismos católicos y la del *bien común* a todo hombre de buena voluntad, católico o no. Mientras la primera política ha dado gobernantes funestos a la larga, o leyes buenas caducadas a corto plazo; la política que llamaríamos del bien común, y que el común de la gente entiende, ha creado esa institución difícilmente caducable: la universidad católica argentina.

Conseguido este objetivo, nos parece que a los católicos argentinos se les está ofreciendo otro, que sólo enunciaremos brevemente: el objetivo de una *ley electoral de representación proporcional*. Tal ley, cuya necesidad se hace evidente si se reflexiona sobre el origen de todas las dificultades polí-

ticas de los católicos argentinos —que no es otro que la falta de representación directa— permitiría la formación de partidos nuevos y, por lo mismo, momentáneamente pequeños, junto a los grandes partidos únicos que, por eso precisamente, son prepotentes y exclusivistas. Tal ley, que sería de bien común porque interesaría a todo hombre de buena voluntad que no vive en el comité, sino en su casa y en su trabajo, permitiría la formación de un partido democrático, de inspiración católica, pero de más amplia representación, y de influjo en la calle y en el gobierno. Tal ley rompería el cerco que, hasta el día de hoy, dos o tres partidos únicos han formado alrededor del gobierno, acogotándolo con sus exigencias políticas —en el mal sentido

del término— y dejando sin representación *directa y eficaz* a la mayor parte de los argentinos y, sobre todo, a los católicos.

Este objetivo de una ley electoral de representación proporcional, que facilitaría la representación directa *de todo hombre de buena voluntad*, sería el camino más seguro para la constitución de un partido *católico* de arrastre popular, así como la ley de enseñanza *libre* lo ha sido para la realización de la universidad *católica* argentina.

Tal sería la lección que los católicos argentinos podrían sacar, para su futuro político, de la acción que acababan de realizar en el terreno universitario.